

El recuerdo como olvido y el pasado extranjero. Padres e hijos ante la memoria histórica mediatizada.

Víctor Sampedro y Alejandro Baer*

Publicado en *Revista de Estudios de Juventud*. “Número especial: Jóvenes, Constitución y cultura democrática”, pp. 93-108, 2003.

Los primeros 25 años de vida constitucional en España marcan un aniversario importante en una esfera pública sembrada de efemérides y conmemoraciones. No pasa un día sin que se hable en los medios de comunicación sobre la memoria reciente de la transición, o del lamentable y largo periodo precedente: el franquismo y la guerra civil. Las librerías acumulan obras de historiadores, periodistas y novelistas que pretenden restituir la palabra a los millones de españoles del bando de los vencidos (presos políticos, combatientes clandestinos, familiares de desaparecidos). Tampoco faltan los revisionistas de una historia oficial repetida durante cuarenta años (y más). Proliferan los proyectos de historia oral. Se inauguran exposiciones. Se estrenan y premian, con público y galardones, películas y documentales.

Quienes invocan en la actualidad la memoria histórica y emprenden este amplio abanico de estrategias para su recuperación y difusión lo suelen hacer con un doble objetivo. Por un lado, arrojar luz sobre las historias silenciadas, y así brindar el debido reconocimiento a los olvidados. Por otro, toda revisión del pasado sirve para ensalzar o denigrar a sus protagonistas, con la vista puesta en el presente y, sobre todo, en el futuro; es decir, interpelando a la juventud que “no conoció ese pasado” y “a la que le pertenece el futuro”. Una democracia precisa nuevas generaciones depositarias de una verdad histórica con implicaciones morales y lecciones cívicas. ¿Pero qué plasmación efectiva tiene el discurso que envuelve las prácticas políticas y culturales de la memoria? ¿Qué recuerdan y valoran quienes eran jóvenes cuando se promulgó la Carta Magna y, como la mayoría los dirigentes sociales actuales, son hijos de los padres de la Constitución? ¿Y cuál es la memoria histórica de los jóvenes actuales?

En este ensayo exploramos el binomio adultos – jóvenes, en relación a la memoria histórica. El interés o conocimiento de la juventud con el pasado precisa considerar el papel activo que juegan los medios de comunicación como agentes y moldeadores del recuerdo colectivo. Basamos nuestro estudio en lo que hemos denominamos la memoria *mediatizada*: aquella que las audiencias recrean a partir de los contenidos de los medios que hacen referencia al pasado reciente. Nos centramos los contenidos que gozan de popularidad entre esta audiencia, como son las ficciones televisivas recientes (en concreto, la serie *Cuéntame*). De esta manera, abordamos la memoria colectiva, pero no desde las memorias oficiales: la información sobre el pasado de las instituciones políticas, educativas y los medios de las elites (p.e. prensa escrita), sobre los que comienzan a existir ya investigaciones. Nuestra perspectiva arranca de abajo, la memoria construida por las clases populares con la recepción de esos mensajes de la historia oficial.

A partir de datos obtenidos mediante historias de vida y grupos de discusión,

* Gracias a Salomé Fernández, que logró convocar a sus amigos y padres en los grupos de discusión. De ella fueron los primeros análisis, de ella es la última cita de este ensayo.

analizaremos de forma comparativa los recuerdos vividos y las valoraciones con las que las clases bajas y medias rememoran la dictadura franquista y la transición. Distinguimos entre la generación que votó en las primeras elecciones de la transición (la juventud de entonces) y la generación que votó por primera vez en 1996 o en 2000 (la juventud actual). Esto nos permitirá determinar en qué medida los jóvenes mantienen algún tipo de vínculo identitario con la historia reciente de su país, con la de sus progenitores y cómo esta memoria – o su ausencia – se refleja en su cultura política.

¿Transición amnésica y democracia mediocre?

Desde que Maurice Halbwachs (1968) comenzó a pensar sobre la memoria colectiva en términos sociológicos (es decir, imprimiéndole un claro carácter temporal, social y contextual) nadie duda ya que la memoria colectiva, social o histórica¹ es siempre algo vivo y maleable. El pasado, nos recuerda Halbwachs, se actualiza desde el presente y en éste encuentra sus principios de selección, descripción e interpretación. Es decir que son las necesidades, los miedos y anhelos de una sociedad – las contingencias contemporáneas – los que reconfiguran y reformulan constantemente su memoria histórica. Es necesario, sin embargo, distinguir entre tres nociones de memoria, empleados con frecuencia de forma indistinta: la memoria oficial, la hegemónica y la generacional.

La memoria *oficial* es la visión del pasado que recogen las instituciones del poder y se plasma en monumentos, museos, currícula escolares y discursos políticos mayoritarios. La memoria *generacional* puede coincidir o no con la oficial, y se define por las vivencias comunes de una generación y el sentido asociado a las mismas. La memoria oficial suele ser objeto de disputa, en la que distintos grupos sociales pugnan por hacer valer su versión del pasado. La memoria será *hegemónica* cuando una determinada representación y valoración de la historia predomina en la esfera pública e impregna todo el discurso de la sociedad. Los medios de comunicación, en tanto que escaparates para la difusión de información sobre el pasado y vehículos de socialización por excelencia en las sociedades actuales, juegan un papel cada vez más importante en la consolidación o deconstrucción de memorias colectivas, especialmente cuando las memorias generacionales se difuminan con el paso del tiempo.

¿Qué formas y significados adopta la memoria de la guerra civil y el franquismo durante la transición a la democracia en España? El papel que ocupa la memoria histórica durante la transición tiene hoy dos interpretaciones antagónicas. Para algunos, la transición no se edifica sobre el olvido de la trágica historia, sino sobre su recuerdo. Precisamente porque se tenía muy en cuenta ese pasado, fue posible hecho histórico de la transición (Carmen Iglesias, Santos Juliá REFERENCIAS). La visión crítica, por el contrario, habla de una “amnesia inducida” cuyo resultado fue una memoria (o desmemoria) de consenso, que establecía una falsa equidistancia en la atribución de responsabilidades entre vencedores y vencidos. Asimismo, la política de “reconciliación nacional” – amnistía para los antifranquistas y la amnesia para los franquistas (la renuncia a someter los comportamientos políticos del pasado a procesos judiciales) – es interpretada por los críticos como un “pacto del olvido”. Dicho pacto habría tenido consecuencias negativas para el ulterior desarrollo democrático del país, mucho menos ejemplar del que correspondería a una transición considerada modélica (Navarro, 2002).

¹ Empleamos estos tres términos como intercambiables.

El temor a un nuevo enfrentamiento violento, alimentado por el recuerdo y el trauma de la guerra civil, produjo una predisposición favorable a la negociación y el compromiso entre las élites. Sin embargo, estos pactos “por arriba” quedaron fuertemente concentrados en los líderes de los principales partidos, pero alejados de los electores y grupos sociales. Es así que existe una paradójica relación entre transición y democracia, directamente vinculada a la variable memoria histórica: “lo que en una fase fue fecundo y modélico para un cambio continuado y sin confrontación, en la otra produce exclusiones y desinterés. Las virtudes de la transición se han convertido en vicios de la democracia” (Colomer, 1998: 181). Podríamos decir que el resultado de la transición amnésica, una “democracia mediocre y de baja calidad” (p.10), revierte sobre las generaciones actuales y se hace patente en la vinculación de la juventud con la memoria histórica y su grado de cultura política democrática.

El olvido no sólo fue injusto hacia las víctimas de décadas de silenciamiento oficial, sino que habría supuesto un gran error político, con costes muy elevados (Navarro, 2002). El desconocimiento que demuestra la juventud en España sobre el franquismo y la transición se reflejó claramente en una investigación sobre juventud europea: España y Austria (los dos países que han silenciado su pasado reciente) eran los países donde las jóvenes generaciones tenían menos conocimiento de lo ocurrido en su país durante sus regímenes dictatoriales (*Youth and European Identity*, 2002). En buena lógica, la desmemoria histórica se manifiesta en las carencias de cultura política democrática entre los jóvenes españoles. Una reciente encuesta (*INJUVE*, 2000) resulta reveladora en este sentido. A una pregunta de opinión sobre la democracia, sólo un 32,9% de los adolescentes españoles responde que es insustituible, un 30,3% la vincula a su eficacia – es decir, que la democracia vale si sirve para dar solución a los problemas – y un 22% cree que es igual un régimen democrático que uno autoritario.

El modelo español de transición contrasta con las experiencias de otros países de Europa y América Latina, que al salir de periodos dictatoriales han adoptado diferentes fórmulas de relación con el pasado basadas en la búsqueda de la verdad y/o la justicia. A partir de ahí, han buscado generar una cultura cívica basada en las enseñanzas de la memoria histórica. Esta es casi la única conclusión contundente del interesante trabajo comparativo editado por Barhona, Aguilar y González (2002: 435 y ss). Las transiciones de la memoria, además, han revertido en un mayor pluralismo político; no en cuanto al sistema de partidos sino a la existencia de corrientes ideológicas en su seno y a su implantación social. El esclarecimiento del pasado y su recuerdo se convierte en un poderoso factor de activación socio-política, permeando los ámbitos sociales, culturales y educativos. Mientras que en España el “nunca más” conllevaba silencio y olvido, en estos otros países implicaba memoria, en justicia a su sentido y procedencia.

El lema “nunca más”, cuyo origen se remonta al levantamiento judío en el gueto de Varsovia durante la ocupación nazi, actualizado más tarde por las madres de la Plaza de Mayo, es sinónimo de asumir responsabilidad sobre una verdad inapelable. Conlleva la constante actualización de la memoria en forma no sólo de recuerdo, sino de vigilancia ante acontecimientos actuales que pueden asemejarse a los pasados. Aunque el debate en torno a interpretaciones diferentes de un mismo pasado es un fenómeno inherente a toda memoria colectiva, el recurso de contrastar la historia reciente con el presente (especialmente la historia del fascismo) sirve siempre para presentar la contra-imagen de un sistema jurídico garante de libertades y provoca una necesaria reflexión sobre el binomio dictadura-democracia.

En definitiva, se trataría de superar las “memorias literales” – las memorias enfrentadas e irreconciliables – y apostar por lo que Todorov (2002) entiende por una “memoria ejemplar”, que extrae las lecciones de las injusticias sufridas en el pasado con el fin de combatir los desafueros que se producen hoy en día. Así ha ocurrido en el Cono Sur, y con la memoria del nazismo en Europa, donde abundan ejemplos de cómo la memoria estimula la cultura política, y en particular la de los jóvenes. En Argentina, el recuerdo de la dictadura no sólo ha impregnado la esfera cultural y artística (cine documental, el proyecto “Parque de la memoria” en Buenos Aires, etc.) sino que se ha volcado sobre numerosos proyectos educativos que proponen reflexionar sobre la memoria histórica desde los institutos a través de la producción de programas audiovisuales y archivos de historia oral (Baer, 2003). En Alemania, el Holocausto es motivo de enseñanza en todos los niveles escolares. No como mero acontecimiento histórico, sino como referente moral y político universal con constantes implicaciones contemporáneas. Su presencia se hace notar para la juventud con visitas de supervivientes a las aulas, los viajes a los campos de concentración y exterminio, o la popularización de los concursos de historia contemporánea para estudiantes de institutos (como el *Schülerwettbewerb Deutscher Geschichte*, cuyo premio es entregado por el presidente de la república en un acto ceremonial en la capital del Estado).

Mientras existen una cultura del Holocausto en Alemania y una cultura de la memoria de la represión en Argentina, no hay una cultura de la memoria del franquismo en España. La dictadura no ha alcanzado el carácter de referente negativo sobre el que construir cultura política y establecer lecciones cívicas. En un reciente artículo Reyes Mate (2003) lamentaba que en España ni siquiera existiese un museo nacional de la Guerra Civil. El mencionado despertar de la memoria histórica española no sólo llega tarde, sino que se enfrenta a un discurso persistente que diluye el horror del franquismo en fórmulas relativizadoras de la "guerra fratricida" y las "responsabilidades compartidas" – la (des)memoria oficial de la transición. La pregunta del porqué de la inexistencia una memoria ejemplar y hegemónica sobre el franquismo, no sólo apunta a quienes 65 años después de la guerra civil (asombrosamente todavía aludidos) esgrimen discursos autodefensivos. Igualmente responsables son los que durante la transición negociaron con el olvido y hoy desentierran la memoria con fines visiblemente electoralistas.

Memoria histórica y memoria mediática

La ausencia de estudios empíricos sobre el papel de los medios de comunicación en la memoria histórica ha sido cubierto por autores como M. Schudson (1992) o B. Zelizer (1992), que analizan cómo los medios conformaron el recuerdo colectivo de dos hechos claves para la sociedad norteamericana: el Watergate y el asesinato de John Fitzgerald Kennedy. La creciente relación entre memoria, cultura popular e industria cultural es teorizada por M. Sturken bajo el concepto de “memoria cultural”: “un espacio de negociación cultural en el que diferentes historias (*stories*) compiten por un lugar en la historia (*history*)” (1997, p.1). Los medios audiovisuales, sobre todo el cine y la televisión, funcionan como plataforma pública de versiones enfrentadas del pasado: enunciadas por las instituciones y los actores sociales para valorizarse en el presente, reelaboradas por las audiencias según sus biografías familiares y sus contextos sociales.

La memoria cultural moderna es, pues, memoria mediática. Por memoria *mediática* entendemos la representación simbólica y las narrativas que difunden los medios masivos sobre la historia de las sociedades a las que se dirigen. Está ligada a unas lógicas comerciales e industriales, a la política de la memoria que dictan las instituciones, a la cultura política de las audiencias y, a las limitaciones propias del lenguaje audiovisual. De ahí se desprende que la memoria mediática ha de satisfacer el imperativo de la viabilidad económica, reflejando la desigual distribución de recursos para visibilizar o demandar distintas versiones mediáticas del pasado y siempre buscando el mínimo común denominador que maximice audiencias. Los medios reflejan también el grado de hegemonía alcanzada por la política de la memoria, llevada a cabo por las instituciones (juicios, purgas, comisiones de la verdad) o la pervivencia de memorias enfrentadas en el cuerpo social. Han de plasmar, al tiempo que los reformulan, los mitos, símbolos y ritos de la memoria de las audiencias. Por último, se ven limitados por el lenguaje y los recursos narrativos propios de cada medio.

La mediatización de la memoria – su creciente dependencia del eco mediático - conlleva unos efectos ambivalentes, que comienzan con la descontextualización y pérdida de referentes históricos precisos. El presentismo impregna toda evocación mediática del pasado, transformando el tiempo histórico en actualidad periodística o novedoso producto cultural. El pasado se reactualiza, ligando los recuerdos a acontecimientos y procesos actuales, “aplastando, como afirma Martín Barbero (2001), la temporalidad sobre la instantaneidad”. Los medios no suelen presentar variables contextuales ni históricas. La evocación del pasado, convertida en breve fragmento noticioso o fugaz producto de consumo, no suele sugerir conexiones con el devenir histórico o la totalidad social. Frente a esta visión crítica, puede argumentarse que la puesta en escena mediática de la memoria revitaliza a esta última, “la pone al día” juxtaponiéndola al devenir social y generalizándola para audiencias masivas a las que no alcanzan ni la educación formal ni las celebraciones oficiales (Baer, 2001).

Los medios y la industria cultural también pueden ser acusados de vaciar de significado la memoria, trivializando el significado de los acontecimientos del pasado. La normalización periodística de las efemérides históricas se relaciona con la Disneyficación de los museos de la memoria. Los telediarios y las portadas que evocan tragedias nacionales suelen recurrir a clichés y versiones homogeneizadoras que conjuran los traumas sociales. De modo semejante, los memoriales bélicos o del Holocausto organizan la memoria social en torno a una narrativa plagada de “lecciones cívicas ejemplares”, impregnadas de consenso. Lo que podría ser considerado banalización y estandarización, también puede ser valorado como tarea mediática de urdimbre de las memorias individuales. Se alimentaría así una memoria histórica que cementa el cuerpo social, ligando el pasado a un presente y a un futuro colectivos.

Las metáforas del pastiche, el collage y el palimpsesto sirven a los teóricos posmodernos para analizar la memoria mediática, fruto de la constante reutilización de materiales del pasado: indistinguibles en su carácter virtual de los hechos “reales” (pastiche), insertos en nuevos géneros que trufan la ficción con retazos de memoria documentada, evocada e incluso dramatizada (collage): La memoria mediática conforma así un texto social sobre el que se escribe continuamente el discurso del pasado y en el que es posible descifrar las narrativas anteriores, apenas ocultadas por rescrituras más recientes (palimpsesto). Una vez más, la fragmentación, la pluralidad y el carácter polisémico de la memoria mediática pueden ser consideradas fuente de virtudes y no de vicios sociales.

Desde esta óptica, la visión hegemónica de la memoria histórica se enfrentaría a la contestación de varias memorias sociales y a la interpretación crítica o contextualizada de las audiencias.

Por último, es preciso apuntar los condicionamientos que los lenguajes mediáticos imprimen a la memoria que transmiten. En el audiovisual, la falta de imágenes llevaría a un déficit de representación de las memorias carentes de imágenes. En el discurso periodístico, la ausencia de testigos y de testimonios marcan los límites de representación del pasado. La memoria mediática está, como toda forma de memoria, plagada de vacíos y silencios. Pero sería importante analizar en qué medida estas ausencias responden a (y se solapan con) desequilibrios estructurales, de grupos sociales que han carecido de medios para generar imágenes y resortes institucionales para proyectar su testimonio.

Metodologías para el estudio de la memoria mediatizada

Una vez más, por memoria *mediatizada* nos referimos a la narrativa histórica que las audiencias recrean, a partir de los contenidos mediáticos que hacen referencia al pasado, más o menos inmediato (la memoria *mediática* a la que hacíamos referencia). Ahora nos situamos, por tanto, en el plano de la recepción, apenas explorado. Hemos realizado algunos trabajos previos que nos permiten evaluar las metodologías más apropiadas para analizar la memoria mediatizada. Tras presentarlas, en los epígrafes siguientes presentamos algunas conclusiones empíricas sobre la memoria histórica construida por jóvenes y adultos a partir de los materiales aportados por los medios de comunicación españoles.

Las limitaciones de las encuestas para estudiar la memoria mediatizada se desprenden de la opacidad de las respuestas a los cuestionarios cerrados y de las desventajas propias de los métodos cuantitativos. Revisar la posible influencia de los medios en nuestra memoria supone un proceso previo de reflexión que no se ajusta bien a la mecánica de una encuesta. Cuestiones de deseabilidad social, para afrontar memorias traumáticas o reconocer escaso interés por contenidos históricos, pueden alterar los resultados. El significado último de la evocación y el recuerdo casan mal con una tipología de respuestas cerradas. Por último, la imprevisibilidad de las fuentes mediáticas de la memoria, convertirían en inabarcable el cuestionario apropiado para un estudio de este tipo.

En trabajos previos hemos empleado las historias de vida (Sampedro, 1999; Sampedro, Barnhurst y Cordeiro, 2003; Sampedro y Saiz, 2003a y 2003b). Esta metodología permite recoger la reelaboración discursiva que los participantes generan, recordando determinados contenidos y mensajes mediáticos. También nos ofrecen el contexto en el que los recibieron y comentaron, el significado que entonces les atribuyeron y el que les adjudican en el presente. Su selección de recuerdos se suma a la selección del pasado que realizaron los medios y se liga a hechos y procesos de la actualidad. Esta metodología resulta muy poco intrusiva y capta, con bastante éxito, los procesos de la memoria colectiva, sus fuentes y su vigencia.

Alternando las historias de vida escritas por los participantes de estos estudios y las recogidas oralmente, intentábamos provocar y documentar los testimonios de las clases populares (clase media-baja y baja de zonas rurales o urbanas de inmigración),

normalmente ausentes en las investigaciones sobre memoria histórica. Por las facilidades que proporciona para su estudio, la mayoría de las investigaciones existentes versaban sobre la memoria oficial (la de las instituciones políticas y educativas) y sobre la memoria mediática (las representaciones que, por ejemplo, los medios impresos o el cine han realizado de periodos recientes de la historia de España). En esta línea de trabajos véanse, por ejemplo, Gubern (1986), Aguilar (1996), Jordan y Morgan-Tamosunas (1998), Trenzado (2000).

En las historias de vida que analizamos la mayoría de los recuerdos asociados al pasado se vinculaban a contenidos informativos (sobre todo, noticias, documentales y reportajes televisivos). La metodología favorecía la introspección y el relato autobiográfico en el que los participantes desarrollaban un discurso personal sobre el pasado y un autorretrato vital basado en sus memorias ligadas a los medios. De forma complementaria, en este capítulo presentamos una nueva línea de investigación, basada en grupos de discusión que emplean la visión colectiva de un episodio del programa de TVE *Cuéntame* como estímulo. Retomamos así la evocación de los periodos contemplados en los estudios con historias de vida: la dictadura y la transición (con la guerra civil de transfondo). Proseguimos también el análisis de las memorias generacionales de los españoles que cuentan con cuarenta y tantos y veintitantos años de edad media. Son dos generaciones clave: la que votó por primera vez durante la transición y la que estrenó su voto en las elecciones que a partir de 1996 dieron el gobierno al Partido Popular. Entre los jóvenes, la influencia de los medios, el peso de la memoria mediatizada, será superior a la de las generaciones anteriores, con “memorias vividas” en su juventud durante el tardofranquismo y la transición.

Los grupos de discusión nos permiten superar el nivel del discurso personal que reproducían las historias de vida para detectar los discursos sociales, que se manifiestan en público (al menos en los grupos de pares). La serie *Cuéntame* sirve como excelente estímulo. Además de su enorme éxito de audiencia, la propia televisión cumple la tarea de ser hilo conductor de la teleserie. La evocación sigue y plasma la estética televisiva de la época. La mezcla de ficción (la trama de telenovela familiar) y documental (imágenes de archivo y recreaciones históricas entrelazadas en el guión) estimula recuerdos en los participantes que, como veremos, fluyen de la cotidianidad a los hechos históricos, ligando la memoria histórica de ambos planos, tal como ocurre en la teleserie. Pero antes de exponer el análisis de los grupos de discusión, recopilamos algunos de los resultados de las investigaciones realizadas con historias de vida.

Historias de vida sobre franquismo y transición

Esta metodología fue el pilar de las investigaciones de la Escuela de Chicago sobre la identidad y las memorias históricas de los inmigrantes llegados a EE.UU a comienzos del siglo XX. Fue recuperada durante en la última década de dicho siglo para el estudio de la socialización política de los jóvenes a través de la prensa y la televisión (Barnhurst y Wartella, 1991; Barhurst, 1998^a y 1998^b). El trabajo comparativo de K. Barhurst (2000) sobre los relatos autobiográficos de jóvenes españoles indicaba la importancia de los medios de comunicación para la memoria histórica de la transición, a diferencia (lógica y obvia) del material recogido en EE.UU. La ampliación de los sujetos de estudio a las clases populares y la inclusión de un nuevo país, Brasil (Sampedro, 1999), permitió matizar las conclusiones de los estudios anteriores, realizados sólo con estudiantes universitarios.

Las historias de vida recogidas en España y Brasil, donde la transición política había sido reciente, revelaron una tríada de “lecciones cívicas”. Habían sido transmitidas por los medios de comunicación y resultan básicas en una cultura política democrática. Los medios habían implantado en la población: a) un ajuste de expectativas acorde con el cambio político, b) la negación de la vuelta atrás y c) la aceptación pragmática de las limitaciones de la democracia. (Sampedro, Barnhurst y Cordeiro, 2003). Las nuevas generaciones de brasileños y españoles habían recibido y reelaborado los mensajes mediáticos para rebajar sus expectativas desmesuradas sobre los frutos de la democracia, habían asumido la negativa a cualquier involución y asumían que el nuevo régimen democrático no era una panacea.

La memoria histórica de la dictadura y la transición se perfiló como objeto de estudio central en siguientes investigaciones, persiguiendo que las historias de vida se centrasen en recuerdos de esos periodos (Sampedro y Saiz, 2003a y 2003b). Los principales hallazgos empíricos refrendan la centralidad de esos tres ejes discursivos en la memoria mediatizada de dos generaciones de españoles: los nietos de los combatientes de la guerra civil y sus hijos. Los primeros tienen recuerdos muy tempranos del tardofranquismo, los segundos apenas pueden rememorar la transición. Los recuerdos que evocan, asociados a los medios, revelan claras diferencias generacionales.

Los adultos más maduros se presentan como espectadores (primero, amedrentados y, luego, desencantados) del proceso de transición política. Consideran tanto la dictadura como la transición como procesos ajenos a su intervención, fruto de los pactos y protagonismos de las elites. El miedo a una involución, intensificado por el supuesto riesgo de “otro 36” o una involución fascista, moderó sus expectativas de cambio. Las esperanzas se desataron con la llegada del Partido Socialista Obrero Español al poder en 1982 y se desvanecieron en desencanto, tras los escándalos de las últimas legislaturas socialdemócratas. Los jóvenes de estos estudios también se perfilan como espectadores, pero ahora indiferentes de un pasado que consideran lejano en el tiempo y casi perteneciente a un país extranjero. Encontramos diferencias de género evidentes, siendo las mujeres (adultas y jóvenes) las más atentas a la evocación de la vida cotidiana y familiar, mientras que los varones se centraban en el devenir político o social. La politización y los antecedentes familiares republicanos daban cuenta de los discursos más críticos con la visión consensual del franquismo y la transición.

Sin entrar en honduras y a modo de preámbulo de los grupos de discusión, detallamos ahora los tres ejes discursivos a los que hacíamos referencia en las dos generaciones. Añadimos, además, los resultados de una investigación inédita (Sampedro, 2003a) sobre historias de vida recogidas en zonas urbanas de la periferia de Madrid y que matizan los trabajos ya citados, con participantes del mundo rural. De este modo, queremos recoger los discursos de la memoria de las clases populares que se quedaron en el pueblo y los de aquellos que emigraron a las grandes ciudades siendo niños. Son los dos sectores más numerosos, pero también más olvidados, del “babyboom” franquista.

Las generaciones de adultos que aún viven en el mundo rural asistieron a la transición no desde las expectativas que pudiera traer el cambio, sino desde el miedo a la involución. Señalan una “cronología del miedo” plagada por las incertidumbres que generaron los fusilamientos de Burgos, el asesinato de Carrero Blanco, la muerte de Franco, los asesinatos de Atocha o el 23F. Son *public events*, transformados ya en

media events, que focalizan la memoria de la colectividad e imprimen jalones en las biografías personales. Destacan, por ejemplo, los recuerdos del 23F generados mientras hacían el servicio militar los varones y las referencias a una posible guerra civil entre las mujeres, durante los momentos más inestables de la transición. Esta última aparece, por tanto, como un proceso marcado más por el miedo que por el entusiasmo. Las esperanzas están más presentes en la generación que emigró a la periferia de Madrid, por el contacto – aunque tangencial - con el mundo universitario, con las corrientes juveniles (hippies) y los horizontes vitales que abría la urbe en comparación con el pueblo.

La negación a cualquier posibilidad de retorno a un pasado trágico se centra en la guerra civil. No rechazan, en cambio, de forma explícita la dictadura, tal como hacían los universitarios y las clases medias y altas que estudió Barnhurst (2000). Las dos visiones de la guerra civil dominantes en la dictadura, según P. Aguilar (1996), ya no están presentes. Al menos no en los términos de la memoria oficial que disecciona esta autora. No encontramos discursos legitimadores de la guerra y la dictadura como “males necesarios”, repartiendo la culpa de la guerra de forma equidistante y generalizándola a ambos bandos. Esta narrativa sólo es expresada por unos pocos individuos que se declaran de derechas. Tampoco encontramos la versión final de la dictadura, según la cual la guerra había sido fruto de una “locura colectiva” que eximía de toda culpa y responsabilidad. Las historias de vida del mundo rural y de la periferia de Madrid coinciden en señalar la responsabilidad del bando franquista. Pero es importante resaltar que eso es algo “aprendido recientemente”, con informaciones y contenidos mediáticos críticos a los que antes no tenían acceso, ni siquiera constancia de que existiesen.

Por último, el desencanto prima sobre una aceptación pragmática y realista de los límites de la democracia. Los adultos analizados no consideran relevantes las distinciones partidarias de derecha e izquierda. Políticos y periodistas son percibidos como profesiones equivalentes, que monopolizan un espacio público del cual se sienten alienados. Sólo aquellos que mantienen una implicación política o sindical se distancian de esta versión desencantada del pasado, que impregna una visión semejante del presente y escasas expectativas de cambio.

Las historias de vida de los jóvenes del campo y de la periferia de Madrid apenas se diferencian. Lo consideramos consecuencia lógica de dos factores: la uniformidad imprimida por la memoria mediática a la que han tenido acceso y la escasa transmisión de memoria vivida por parte de sus padres y abuelos (Sampedro, 2003a). “Entienden” el franquismo como un periodo remoto de la historia española, calificado en términos negativos en comparación con el presente. La transición, a pesar de su proximidad temporal, también es percibida como lejana, bien valorada (como proceso necesario y de normalización) frente a la dictadura. Pero los jóvenes no pueden dar cuenta de los procesos y los protagonistas que hicieron posible la transición. La critican, sobre todo en las historias de vida recogidas en la periferia de Madrid, por los resultados de la política actual. Pero esgrimen críticas vagas, nunca precisadas con argumentos y datos de los que carecen.

Como la generación de sus padres, consideran la historia reciente como campo de competición de las elites, no de participación ciudadana. La falta de conocimiento se suple con el maniqueísmo de la condena de todo lo que suene a guerra civil y franquismo, con la creencia de que ambos periodos son “historia ya pasada”. Aunque

empleábamos el término amnesia en trabajos anteriores, hemos de corregirnos ya que en las generaciones de jóvenes no constatamos olvido, sino ausencia e indiferencia ante los sucesos históricos recientes. Tampoco reconocen la “épica” de la “transición ejemplar”, ya que no son conscientes de los peligros que hubo que sortear ni de las fuerzas que a ella se opusieron. Las efemérides mediáticas en torno a la muerte de Franco, la aprobación de la Constitución o el 23F han vaciado de significado esos acontecimientos. En concreto, observamos que la televisión ha rutinizado las imágenes y descontextualizado la evocación de esos hechos. Sin embargo, existe una sospecha de privación de información o sensación de engaño en un discurso del pasado que se percibe construido y falseado. La descalificación del franquismo se realiza en términos sentimentales o simplemente provoca indiferencia. De igual modo que no hubo amnesia de lo que nunca se supo, tampoco existe desencanto con una democracia que se considera culminada y el estado natural de las cosas: “algo con lo que ya nacimos”.

A pesar de sus diferencias, ambas generaciones muestran dos continuidades, síntomas también de la misma esfera pública en la que se formaron sus memorias históricas. La primera continuidad es que el legado de miedo y desencanto de las generaciones que vivieron el tardofranquismo y la transición se transforman en declaraciones de incompetencia política, en el caso de los adultos, y de pasotismo (“yo paso”), en el caso de los hijos. Es el fruto del encadenamiento entre franquismo y democracia que, a pesar de las claras diferencias percibidas, establecen los adultos de nuestros estudios. Los jóvenes experimentan la alienación tanto de los procesos político-informativos pasados como de los presentes.

Por tanto (y esta es la segunda continuidad), ambas generaciones cifran el cambio de régimen político en los cambios personales o familiares, en el progreso material y de estatus social que han experimentado, en carne propia o en la de sus progenitores: padres y abuelos. Dichos “avances” (y no los argumentos político-ideológicos o sobre derechos y libertades) les sirven para validar el presente frente a épocas anteriores. El análisis de recepción de la serie *Cuéntame*, ayudará a aclarar estos resultados. El programa será considerado, por su éxito, como estímulo que capta y moviliza una memoria histórica de fuerte raigambre popular, diferente de (pero también limitada por) la memoria oficial.

Grupos de discusión con la serie *Cuéntame*

La serie *Cuéntame como pasó* es un éxito televisivo que refleja el inédito interés por el pasado reciente de España al que nos referíamos al comienzo del ensayo. Es sintomático que el guión de la serie hubiese sido rechazado durante 8 años, hasta que Televisión Española decidió financiar su producción y ponerla en la parrilla de emisión de la primera cadena en septiembre de 2001. Ya en los primeros episodios, *Cuéntame* batía los records de cuota de pantalla, ganándole la partida a *Operación Triunfo* antes del desembarco multimedia del Grupo Prisa en la “Academia” (Sampedro, 2003b). *Cuéntame* consiguió mantenerse un respetable liderazgo de audiencia durante dos temporadas y en el momento de escribir estas páginas arranca su tercera etapa, mientras *Operación Triunfo* comienza su declive. Estamos, por tanto, ante un programa de gran atractivo entre la audiencia y de largo recorrido.

El éxito da cuenta de la capacidad de esta teleserie para interpelar a diferentes segmentos socio-demográficos. Lo que la convierte en instrumento idóneo para incentivar un debate sobre la memoria mediatizada de la transición y el franquismo. Así profundizaremos en la reflexión sobre las diferencias generacionales apreciadas en las historias de vida. La serie da lugar a distintas lecturas e interpretaciones. Como ha demostrado la experiencia acumulada por los estudios de recepción de cine y televisión, independientemente de las intenciones del emisor de un mensaje, los receptores gozan de un amplio margen para reinterpretarse conforme a sus propios códigos (Hall, 1980; Corner y Richardson, 1986). Esta libertad interpretativa puede llevar a lecturas totalmente opuestas a lo previsto por los autores del mensaje, como ha enseñado Eco (1979) a propósito de las "lecturas aberrantes". Las lecturas de la serie *Cuéntame* son múltiples y reflejan una relación constante de reconocimiento y distanciamiento frente a la representación televisiva. En la recepción afloran las distintas concepciones e imágenes del pasado (memorias oficiales, hegemónicas y generacionales) de la audiencia estudiada.

Cuéntame narra las aventuras y desventuras cotidianas de la familia Alcántara, una familia de clase media-baja en el Madrid de los últimos años de régimen de Franco. Carlos, el hijo menor de la familia, cuenta la historia de su familia desde el presente. Este juego de ecos y reflejos entre el pasado y la actualidad brinda guiños (familiares, políticos, culturales) a una audiencia que en su relato ve retratada su infancia, adolescencia o madurez. Además, el guión de la serie está construido en torno a una cronología de acontecimientos públicos de la historia de España y mundial, que son presenciados por sus protagonistas y evocados por la audiencia en su representación mediática. Se trata, como decíamos al analizar las historias de vida, de "media events" (Dayan y Katz, 1992): la llegada del hombre a la luna, el mayo del 68, los discursos de Franco en la Plaza de Oriente, el asesinato de Carrero Blanco, etc. Confluyen así la trama de telenovela familiar con el género del cine documental, contextualizando la primera en un marco histórico-político reconocible por la audiencia. El desarrollo cronológico se encadena en las imágenes documentales de los cierres del programa al devenir histórico de la transición.

Para las dos generaciones que nos ocupan, la televisión es un elemento central de socialización y, por tanto, un referente memorístico básico. En la serie la "tele" cumple la función de dispositivo narrativo que vehiculiza *toda* la información contextual: la estética comercial, la música, la moda, los rancios géneros informativos e, incluso, la tecnología (el seiscientos, la primera lavadora...). Tres décadas después, los adultos se reconocen y ven reflejados como en un álbum familiar. Entre los jóvenes despierta incrédula fascinación. Así, la televisión hace de espejo sociocultural en el que las distintas generaciones, y cada uno de sus integrantes, se proyectan y se auto-reconocen, emergiendo elementos esenciales de su identidad individual e histórica. Finalmente, el empleo del color – los tonos ocres y apagados - traba una compleja relación de temporalidades. Las imágenes se decoloran con el tiempo, pierden nitidez y amarillean. Estas imágenes de televisión representan el tiempo pasado. No importa que fuese así, así lo vemos hoy.²

² Este recurso cromático (la transición del ocre y del blanco y negro al color; y viceversa) sirve de metáfora para las representaciones de la memoria histórica en general, y de la memoria mediática en particular.

Veamos, entonces, cómo han reaccionado los participantes de los grupos ante el estímulo de *Cuéntame*. El valor del análisis del grupo de discusión, como ya se ha indicado, radica en la representatividad del discurso del grupo social al que pertenecen los participantes. En nuestro caso se trata de una mirada exploratoria con 2 grupos de discusión, compuestos según parámetros de edad y clase homogéneos. El primer grupo lo forman seis adultos (3 hombres 3 mujeres), de clase media-baja de la periferia de Madrid, que cuentan entre 40-45 años (los jóvenes de la transición). El segundo grupo se compone de 2 hombres y 3 mujeres, de la misma extracción social y de edades comprendidas entre los 20-25 años (la juventud actual).

Los que fueron jóvenes: recordar para olvidar mejor

El grupo de adultos se vincula emocionalmente con la serie, pues despierta los recuerdos de su niñez y adolescencia. Pero también se abstraen de sus propias experiencias para referirse al contexto socio-histórico en que se desarrollaron. En el discurso del grupo emergen resabios de la memoria oficial de la transición (la guerra civil como locura colectiva y enfrentamiento fratricida sin sentido), aunque chocarán todavía con aquellos que poseen una memoria, ya sea directa o transmitida por los padres, de la represión franquista. Serán estos también quienes mantengan cierto grado de contenido ideológico en las referencias a la guerra y la postguerra. Mientras que para el resto la guerra civil “fue una guerra absurda, no fue por ideologías” (Miguel, 42 años), para quien ha recibido parte de la memoria generacional antifranquista, se trata de enfrentamiento político. Así se refleja en este fragmento de debate sobre los presos que construyeron el Valle de los Caídos:

- Carlos (40 años, su padre antifranquista pasó 7 años en prisión): “eran presos de guerra, eran presos políticos. Y eran presos porque tenían otra manera de pensar”.
- Miguel (42 años): “No, eran presos porque les pilló en otro bando, que es más crudo”.
- Carlos: “No, porque tenían otra manera de pensar”.

En definitiva, quienes provienen de familias con antecedentes republicanos expresan un discurso más crítico respecto a la visión consensual del franquismo y la transición. La rememoración del activismo político y las protestas contra la dictadura a finales de los 60 provoca reacciones similares. Todos recuerdan las manifestaciones de universitarios y el movimiento *hippy*, pero el grado de identificación es muy escaso por una cuestión de clase: “Eso no lo has conocido tú, Carlos, ni nosotros. Eso eran los ricos” (Enrique, 41 años), “los hijos de los pobres se tenían que ir a Francia a trabajar” (Carlos, 40 años). Pero también aquí aquellos con algún vínculo familiar con la oposición a la dictadura matizan este distanciamiento respecto a la participación política. Recuerdan las huelgas y manifestaciones de los trabajadores, con quienes sí establecen una mayor identificación.

- Montse (41 años) “En Barcelona (ciudad en la que vivió), por ejemplo, había muchas manifestaciones de la CNT. Y esos sí eran obreros, eran gente que estaban trabajando”.
- (...)
- Carlos (40 años): “Y los comunistas igual, ¿cómo que no?. Los comunistas lo mismo”.

La serie *Cuéntame* activa, ante todo, recuerdos de la cotidianeidad y la vida familiar durante el tardofranquismo. El giro de los aspectos políticos a la vida cotidiana también está motivado por las demandas de las mujeres del grupo: “estamos empleando demasiado tiempo en política” (Inma, 39 años). En el ámbito de la cotidianeidad la serie despierta, sobre todo, las memorias de la escasez (el barrio con calles sin asfaltar, el trabajo de los niños, la presencia de huéspedes-inquilinos en las casas y los pisos compartidos entre familias). Esto influye con fuerza en la percepción de la evolución histórica de la dictadura a la democracia como un cambio de calidad de vida. Tal como aparecía en las historias de vida de esta misma generación, aquí también la legitimación del presente se establece mediante este indiscutible contraste con el pasado.

Un aspecto que sobresale en la conversación de este grupo generacional sobre el franquismo, que vivieron siendo niños, es su asociación a la rigidez y al autoritarismo en las relaciones familiares. De modo significativo destaca el vínculo paterno-filial: “yo... con mi padre no se podía hablar” (Enrique, 41 años), “El que hablaba era el padre y tú no decías ni *mu*” (Montse, 41 años); así como a los roles de géneros: “No, más que a respetar, a no decir nada. Porque respetar no” (Montse), “A ser mujeres sumisas” (Carlos, 40 años). Mientras, como enseguida veremos, en el grupo de los jóvenes este tema tiene una fuerte carga negativa y no ahorran en descalificaciones, estos recuerdos tienen una doble cara (a veces totalmente contradictoria) en el caso de los adultos. La crítica que desde el presente se hace al autoritarismo del padre y la rígida e injusta atribución de roles de género (temas que se asocian directamente a la dictadura franquista), es eclipsada en ocasiones por la añoranza.

La familia protagonista de la serie evoca la nostalgia del pasado y la idealización de la familia tradicional: “para mí esa familia es una familia un poco envidiable” (Inma, 39 años), “en las cenas y las comidas había diálogo de la familia...” (Enrique, 41 años), “a mí (me evoca) añoranza” (Yolanda, 39 años). Esta ambivalencia entre crítica y melancolía apunta a *cómo* estos géneros docudramáticos representan el pasado. Ante la proliferación de memorias mediáticas y mediatizadas, es conveniente señalar que no todo resulta equivalente y que existe una contradicción entre una memoria con vocación política y la memoria identitaria, como incitación a la nostalgia, como mero síntoma de una época postmoderna que no distingue periodos históricos ni vaivenes políticos (Varela, 2000).

Quizás sea este el efecto perverso de una serie como *Cuéntame*. Al mismo tiempo que arroja luz sobre un periodo histórico del país apenas presente en la televisión, todo – desde lo más trivial a lo más trágico – es objeto de memoria, y desde la distancia melancólica del “cuéntame” la realidad más atroz – “con 12 años, Don Juan nos daba ostias con el puño cerrado en el colegio” (Miguel, 42 años) – puede ser convertida en dulce recuerdo. Silenciadas o en el margen de los guiones (y de la memoria) quedan las torturas policiales. Sin embargo, esta ambivalencia también es reconocida en cierta medida por los participantes de los grupos, que en muchos casos consideran que la serie es poco realista. Las imputaciones de dulcificación, sin embargo, se remiten a la vida privada o familiar: “nuestros padres eran mucho más severos” (Montse, 41 años). “Es que esto, por así decirlo, es casi cine, una serie americana. Porque si fuera cine español, te saldrían las amarguras de la familia, más que todo tan suave. Entonces, es una serie tan *light* (...) porque resulta que nos ponen mucho de familia idílica y poco de los años 69” (Miguel, 42 años).

En definitiva, los adultos recuerdan el pasado con sentimientos contradictorios. La rememoración no es necesariamente negativa: “En el 69 los niños éramos felices con el franquismo” (Miguel, 42 años) y sólo hay condena explícita del franquismo en quienes vivieron de cerca la actividad política contestataria o la represión. Sin embargo, con el conocimiento del pasado que tienen hoy, rechazan todo lo asociado al régimen: “mi familia le odiaba pero no lo supe hasta que no murió” (Enrique, 41 años). La valoración del presente se establece en términos vagos, falta la transmisión de la memoria vivida de sus padres que ellos tampoco transmitirán a sus hijos. Y, ante todo, predomina el elemento fundamental de la calidad de vida como parámetro comparativo. Son pragmáticos en este sentido, y escépticos e indiferentes en términos políticos, tal como resume la siguiente frase: “Ahora lo único que pasa es que somos un poco más libres, que podemos decir lo que nos da la gana” (Carlos, 40 años).

Los jóvenes: el pasado es un país extranjero

Del análisis comparado entre jóvenes y adultos se desprende, en primer lugar, una infranqueable brecha generacional en lo que respecta al conocimiento y la vinculación con la historia del país. Entre los adultos los contenidos de la serie conectan con una memoria generacional y posibilitan un proceso de identificación, distanciamiento o crítica. Esto les permite generar un discurso sobre la época y los acontecimientos que la jalonan. Sin embargo, entre los jóvenes la visión de *Cuéntame* apenas provoca un flujo desordenado de información dispersa y desarticulada. No sólo refleja la obvia inexistencia de memoria generacional en este grupo, sino que no ha habido apenas transmisión de experiencia vivida por parte de padres y abuelos. En consecuencia, la historia reciente de España – la guerra, la dictadura y la transición – no es un tema que interese a esta generación. Para ellos el pasado, como el título de la obra de David Loewenthal (1985), es un país extranjero.

En el grupo de jóvenes resulta más revelador aquello de lo cual no se habla que aquello que se menciona en la conversación. La alienación de los jóvenes respecto a los procesos político-informativos pasados y presentes imposibilita un discurso articulado, una reflexión sobre el tema, o la atribución de un mínimo contenido simbólico a los cambios políticos acontecidos en el país. No hay referencias a estos cambios, ni a sus protagonistas, pero tampoco nada asociado a los mismos, como la posibilidad del voto, de participación, los derechos o libertades. Los raros acercamientos en esta dirección son reconducidos constantemente al ámbito de lo cotidiano y, en particular en torno a dos ejes discursivos que vinculan el binomio dictadura-democracia a una evolución natural e incuestionada.

Por un lado, los jóvenes señalan el tránsito de la pobreza al bienestar (“antes había hambre y necesidades y ahora no”). Por otro, reconocen, quizás con excesiva autocomplacencia, el alivio actual de la rigidez de costumbres, los tabúes y la presión social a la libertad individual (formulada, sobre todo, en términos de sexualidad). La exigua información que manejan sobre el franquismo (la transición no aparece identificada como un periodo histórico específico) proviene menos de la transmisión de memoria vivida por sus padres (incluso en casos en que hubo implicación política de éstos durante la transición), que de lo que les contaron sus abuelos. Ninguno de los participantes del grupo menciona información alguna obtenida por vía de la educación

formal y tampoco los medios de comunicación se citan como fuentes de conocimiento sobre el pasado.

La figura de Franco es asociada a un vago concepto de autoridad, connotado negativamente pero poco definido. Esta asociación se expresa mediante ejemplos de la autoridad familiar, como los abuelos o el padre: el conservadurismo y la rigidez de sus abuelos entronca con su imagen de Franco. Por extensión, la dictadura es entendida como una España regida por gente inflexible como sus abuelos. La carencia de información histórica imposibilita un mayor distanciamiento o abstracción. Para los jóvenes hablar del franquismo es hablar de la autoridad despótica de su abuelo: “En casa de mi abuelo era yo ordeno, yo mando y tú a callar. Siempre. Siempre fue así. Pero además hasta que se murió. Genio y figura. Pero tremendo, además no le podías contestar nada a lo que él dijese. Estuviera equivocado, no estuviera equivocado, te metía una voz y ya estaba. Se imponía y punto” (Isabel, 22 años). Las referencias a Franco son muy similares:

- Guelo (23 años): “Porque si el que mandaba era Franco, a ver los diez mandamientos de Franco: ‘si no te gusta lo que te digo te voy a matar’.
- Begoña (20 años): “Esa era la base”.
- Guelo: “El resto está en blanco”.
- Begoña: “La base era como el mandamiento único”.

El franquismo representa un despotismo violento y caprichoso, como revela el ejemplo del chico zurdo obligado por su abuela a escribir con la derecha: “Eso es lo que hacía mi abuela. Cuando hacía algo con la mano izquierda... ‘tú eres una nenaza al cuadrado’. Cuando hacía algo con la mano izquierda... ¡placa!, me pegaba un castañazo. ‘con la izquierda no.’ y yo ‘¿por qué?’, ‘¡que no!’” (Guelo, 23 años). Sin embargo, el diálogo no trasciende lo inmediato y lo cotidiano, no incide en las causas, motivaciones o resistencia hacia ese despotismo.

En las referencias a la serie *Cuéntame*, es significativo que los dos personajes que les parecen más creíbles a este grupo sean Don Pablo (el constructor corrupto, afín al régimen) y Doña Pura (la madre del protagonista, algo amarga y antipática, que viene del pueblo). El primero representa para los jóvenes la doble moral del franquismo. En la segunda reconocen a sus abuelos, que también vinieron del pueblo (“mis abuelos son casi como las abuelas de ahí, son abuelas muy abuelas” (Begoña, 20 años). La sociedad del franquismo se percibe como algo incómodo y desagradable, tanto por lo que les transmitieron sus abuelos directamente sobre esta época como por el choque generacional que experimentaron con ellos. Su visión negativa del pasado, aunque percibida en términos sentimentales, les hace ver la serie de forma más crítica que el grupo de adultos: “La verdad es que me habían contado bastante más burradas de lo que aparece aquí (...) Es demasiado políticamente correcto”, (Isabel, 22 años), “antes (las mujeres) estaban mucho más atadas. Sabes, ahí (el padre Alcántara) es tan liberal, total como podemos estar con cualquiera ahora” (Isabel).

La figura del padre ocupa un papel importante, puesto que identifican en la personalidad de sus padres rastros de esa autoridad propia del franquismo. Las críticas retornan y se circunscriben a la cuestión de género: “En el caso de mi padre, tengo que reconocer que son costumbres. Tiene ramalazos de su época (...) en mi casa todavía es así, mi padre tiene la butaca...” (Guelo, 23 años). La falta de comunicación entre generaciones se

atribuye a la mentalidad intrasigente de la época: “son cosas que las ha *mamao* y con muchos ni se puede razonar. Es que son cosas como dogmas de fé”. (Begoña, 20 años).

En este grupo tampoco hay un rechazo explícito a la dictadura, salvo en lo referente a las limitaciones de la libertad individual (sexual, cabría decir) y a la doble moral (privada y pública) en lo que atañe a las relaciones de pareja. El tiempo dedicado a este tema indica que esta es una imagen del franquismo que sí resuena negativamente con el sistema de valores de la juventud: “del franquismo tampoco me han contado mucho. Siempre más o menos, ahí, que el padre era el que mandaba y que las calles, pues que tenías que tener mucho cuidado, que a lo mejor veían una pareja dándose el lote y pasaba cualquier padre y te echaban una peta. Por eso se iban a los cementerios a echarse el lote. Muy cerdo. Muy controlado. En resumen, es una mierda” (Roberto, 21 años). En esta línea ocupa un lugar central el choque generacional con respecto a las opciones sexuales (“mi padre los rechaza (a los homosexuales), no los odia ni los quemaría (...) pero cuanto más lejos mejor”) o las relaciones antes del matrimonio: “Con el hombre éste, Franco tenía su moral y todos los españoles tenían que tener la misma. Pues si a él no le parecía bien que hubiera relaciones antes del matrimonio, pues no había y punto.” (Begoña, 20 años). Ni siquiera la Iglesia, menos aún el nacional-catolicismo, son mencionados como corresponsables de lo que parece una opción personal del dictador, transplantada sin más al cuerpo social.

En conclusión, las expresiones del este grupo de jóvenes reflejan el papel que ocupan como meros espectadores de un presente que perciben como dado y que, al igual que afirmaron los jóvenes biografiados mediante historias de vida, entienden como una suerte de estado natural de las cosas. La memoria histórica es, siendo optimistas, la historia de su familia en aquellos tiempos, que es una historia de escasez, hambre y supervivencia. Estas penurias, sin embargo, no son insertadas en un contexto interpretativo más amplio, ni parecen existir en su visión temporalidades, cambios o inflexiones históricas y políticas (es revelador que no haya mención alguna a la guerra civil, por ejemplo). La ausencia de esta información impide a los jóvenes formular explicaciones sobre la realidad del pasado y que la vincule en alguna medida a la sociedad de su presente. El antes y el ahora son subsumidos en una especie de evolución lógica de la historia española. No se cuestiona el pasado. Menos aún el presente. Este último no es valorado ni definido en sí mismo – salvo en fórmulas vacuas: “que dices que es una mejora de la sociedad y tal, sí” (Begoña, 20 años). La democracia cobra valor sólo contrapuesta a un pasado tan remoto que podría pertenecer a un país extranjero.

Conclusión

El análisis de los grupos y las historias de vida de la juventud actual, analizadas en contraste con la generación de sus padres, arrojan un resultado poco alentador. No se percibe un vínculo generacional respecto a la memoria histórica que pudiera cementar una cultura política en verdad democrática. No existe entre los jóvenes una memoria histórica porque no hay una identidad colectiva pasada que sirva de referente. El pasado se percibe como objeto de pugna política, imposible de conocer. Por tanto, resulta imposible reconocerse en él. Pero los resultados tampoco deben extrañar. Estos jóvenes viven en una sociedad que interpreta la demanda de conocer el lugar de las fosas comunes de los represaliados durante la guerra y la dictadura como revanchismo, como la apertura de viejas heridas. Una sociedad que, en definitiva, no ha tenido escritores de

la talla y difusión de Juan Gelman, quien en relación a los desaparecidos argentinos afirma: “El antónimo de olvido no es sólo memoria sino también verdad”.

Coincide en ello Salomé (21 años), que nos ayudó a realizar los grupos de discusión: “el olvido sirvió para superar los odios de vencedores y vencidos que mantuvo la dictadura, pero el olvido del odio no debe equivaler al olvido de la historia, su conocimiento nos hace mejores y más sabios”.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, P. (1996): *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Madrid: Alianza Editorial.
- Baer, A. (2003), Inédito: "Imágenes contra la impunidad. Estrategias de recuperación de la memoria histórica de las víctimas de la dictadura (1976-1983) en Argentina"
- Baer, Alejandro (2001) "Consuming History and Memory through Mass Media Products" *European Journal of Cultural Studies*. Vol (4) nr. 3.
- Barahona, A.; Aguilar, P. y González, C. 2002. (eds). *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*. Madrid, Istmo.
- Barnhurst, K. G. (1998a) "Politics in the Fine Meshes: Youth, Power & Media." *Media, Culture & Society* 20.2 (Spring): 201-218.
- Barnhurst, K. G. (1998b) "Young Citizens, American TV Newscasts, and the Collective Memory." *Critical Studies in Mass Communication* 15.3 (September): 279-305.
- Barnhurst, K. G. 2000. *Political Engagement & the Audience for News: Lessons from Spain. Journalism & Communication Monographs 2.1*. Columbia, S.C.: Association for Education in Journalism & Mass Communication (AEJMC), Spring.
- Barnhurst, K. G., y Wartella, E. 1991. "Newspapers & Citizenship: Young Adults' Subjective Experience of Newspapers." *Critical Studies in Mass Communication* 8.2 (June): 195-209.
- Corner, J. y Richardson, K. (1986): "Documentary Meanings and the Discourse of Interpretation" en Corner, J. (ed), *Documentary and the Mass Media*, London, Edward Arnold.
- Dayan, Daniel, y Eliu Katz. (1992) *Media events : the live broadcasting of history*. Harvard University Press, Cambridge.
- Gubern, R. (1986): *1936-1939: La guerra de España en la pantalla*, Madrid, Filmoteca Española.
- Halbwachs, Maurice (1968): *La mémoire collective*, Press Universitaires de France, Paris.
- Hall, Stuart (1980): "Encoding/Decoding" en Hall, S. (ed.) *Culture, Media, Language*, Londres, Hutchinson.
- Jordan, B. y Morgan-Tamosunas, R. (1998). *Contemporary Spanish Cinema*. Manchester: Manchester University Press.
- Lowenthal, D. (1985): *The Past is a Foreign Country*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Martin Barbero, J. (2001): "Medios: olvidos y desmemorias", *Revista Etcétera*, en <http://www.etcetera.com.mx/pag54>.
- Mate, R. (2003): "¿Recordar para mejor olvidar?", en *El País*, 27 de septiembre de 2003.
- Navarro, V. (2002): *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*. Anagrama, Barcelona.
- Sampedro, V. (1999). "Popular audiences, commercial media and citizenship". Ponencia presentada en el congreso anual del National Communication Association (NCA), Chicago, Illinois, EE.UU., noviembre.
- Sampedro, V. (2003a) Inédito: "Memoria histórica periférica: padres e hijos de la inmigración urbana."

- Sampedro, V. (2003b). "La McTele como industria de identidades lucrativas y de consumo. Análisis de Gran Hermano y Operación Triunfo". En Sampedro, V. (ed.) *La pantalla de las identidades. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad*. Barcelona, Icaria, pp.305-336.
- Sampedro, V. y Saiz, R. (2003a) "Consumo de medios de comunicación y memoria histórica". En Igartua, J.J. y Badillo, A. (eds.) *Audiencias y medios de comunicación*. Salamanca: Universidad de Salamanca. Pp.167-179.
- Sampedro, V. y Saiz, R. (2003b) "Extranjeros de sí mismos. Medios de comunicación y memoria de la dictadura y la transición". En Sampedro, V. y Llera, M. (eds.) *Interculturalidad: interpretar, gestionar y comunicar*. Barcelona: Ed. Bellaterra.
- Sampedro, V., Barnhurst, K. y Cordeiro, T. (2003) "La edad de la inocencia. Medios comerciales y jóvenes ciudadanos". En Sampedro, V. (ed.) *La pantalla de las identidades. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad*. Barcelona, Icaria, pp. 55-80.
- Schudson, M. (1992). *Watergate in American History. How we remember, forget and reconstruct the past*. Nueva York: Basic Books.
- Sturken, M. (1997). *Tangled memories. The Vietnam war, the Aids epidemic and the politics of remembering*. Ithaca, Cornell University Press.
- Trenzado Romero, M. (2000). *Cultura de masas y cambio político: El cine español de la transición*. CIS-S.XXI: Madrid.
- Zelizer, B. (1992) *Covering the body. The Kennedy assassination, the media and the shaping of collective memory*. Chicago: University of Chicago Press.